uiero ser comigo

9323

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

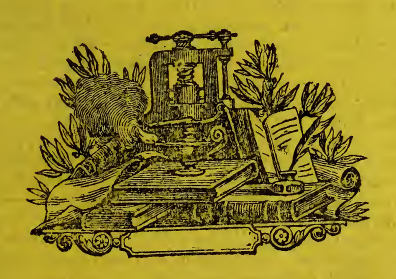
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

10

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.*

Abadía de Castro.—Abuelito —Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar err Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra cand Alberoni.—Alberto. —Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecl fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.— de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado. de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor v agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis d ron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.— hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobar mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el en Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo municipa dujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza —Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbar berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América lib tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrasca razon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal —Caballo del rey don Sancho.—Cada cual co zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos frin —Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidad talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.— fundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionar bradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío er Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julia juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y c Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la l Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—C acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las a Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon y ro.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Cenicienta.—C Úbeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardiendo.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor. Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri —Dios mejora sus horas.—Dios ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alva na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Anteque Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.— tores —Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres par ja.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—D compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba —Duquesita.—Dote de María.—Di sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.— casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.— Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañ verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon. ra de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los peri Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles do.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandid pidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.— de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchado dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisad tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad —Felipe.—Felipe el Hermoso.— Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.— de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin bod peranza y osadía.

QUIERO SER CÓMICO

QUIERO SER CÓMICO

APROPÓSITO DRAMÀTICO

COMPUESTO

POR D. VENTURA DE LA VEGA

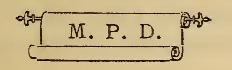
PARA LA PRIMERA SALIDA

DE D. FLORENCIO ROMEA

alumno del Real Conservatorio de María Cristina.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del reino en 20 de Noviembre de 1850

CUARTA EDICION.



PRECIO: 4 REALES.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1880.

PERSONAS	ACTORES
Don Rosendo...............	D. A. CAMPOS.
Don Florencio.............	D. F. ROMEA.
Don Eduardo...............	D. J. TAMAYO.
Don Dimas..................	D. S. DÍEZ.
Concha......................	DOÑA C. BRAVO.
Rita..........................	DOÑA M. DÍEZ.

La escena es en Madrid en casa de don Rosendo.

ACTO UNICO.

Una sala.—Muebles antiguos.—Retratos de familia.—Un árbol genealógico.—A la derecha un canapé.—A la izquierda una mesa.

ESCENA PRIMERA.

CONCHA y RITA.

RITA. Vamos, señorita, á mí no me venga usted con disimulos; desde ayer es usted otra: qué, ¿á mí se me escapan las cosas? ¡Aquella alegría, aquel reir, aquel charlar!... y ahora siempre distraida, callada, taciturna; le preguntan á usted cualquiera cosa, no responde usted sino con monosílabos. ¿Qué le aflige á usted, señorita, Vamos, hable usted. ¡Ya sabe usted que las penas se alivian confiándolas... vamos!

CONCHA. ¡Ay!

RITA. Vaya, siga usted: un suspiro promete siempre una confianza.

CONCHA. ¡Ay, Rita!...

RITA. Adelante...

CONCHA. Si tú supieras...

RITA. Justamente es eso de lo que trato, de saber. ¡Por Dios! Cuénteme usted...

CONCHA. ¡Rita!... ¡Papá quiere casarme!...

RITA. ¡De veras! ¿Y eso la entristece á usted? Puede que sea usted la única en el mundo. ¿Y quién es el feliz mortal que le destinan á usted por esposo?

CONCHA. ¿No lo adivinas?

RITA. No señora.

CONCHA. ¡Mi primo!

RITA. ¡Su primo de usted! ¡Don Florencio! Pues la doy á usted la enhorabuena. ¡Tendrá usted un excelente marido!

CONCHA. ¡Sí!...

RITA. Buen muchacho, jovencito, que podrá usted educarlo á su modo, bonita figura... aun tiene que crecer algo...

CONCHA. ¡Calla, por Dios!...

RITA. Qué, ¿no es verdad lo que digo?

CONCHA. Sí, pero está medio loco; no piensa más que en comedias; ha tomado esa manía, y... ya ves tú que traza aquella de marido, ni qué caso hará él de su mujer: siempre leyendo, estudiando versos, vamos, ¡es una idea diabólica, Rita!...

RITA. Eso es cierto. ¡Le ha cogido el diablo por ahí!... Y ¡cuidado si lo ha tomado con alma!... Desde que anda en eso de representar comedias, ni come, ni duerme, ni habla á derechas. ¡Tambien su padre de usted no ha querido darle carrera... nada! Verdad es que tambien el amo... ¡ese es otro! Puede que si lo hubiera puesto á estudiar medicina, ó leyes, ó en fin, esas cosas á que se dedican los muchachos para tener una profesion, un modo de vivir, puede que entonces don Florencio se hubiera olvidado de su manía de hacer comedias; pero el amo con sus ideas rancias, y su nobleza, y su árbol genealógico, todo le parece que va á empañar el lustre de esos pelucones... ¡Vaya! ¡Un médico en su familia! ¡Un abogado! ¡Qué vergüenza! Eso se queda para los plebeyos; así es que don Florencio, viéndose con talento y sin ocupacion, se ha entregado con sus cincos sentidos á donde su aficion le llamaba.

CONCHA. Ya le han contado á papá que hace comedias caseras... y no le ha sabido bien.

RITA. ¡Ya lo creo!... ¡Como que eso al fin es hacer algo, y un noble no debe hacer nada!

CONCHA. Le han dicho que se le encuentran todos los dias por las calles con los bolsillos llenos de comedias y tragedias, hablando solo, sin ver á nadie, declamando siempre, y por el Retiro, por el Canal, á vueltas con Otelo y con Edipo...

RITA. ¡Y lo mismo en casa! Se encierra en su cuarto, y da unos gritos...

CONCHA. Todos le tienen por loco.

RITA. ¡Y con razon! Me lo encuentro por esos pasillos; ni repara en mí, manoteando, poniendo unos ojos que parece que se le van á saltar. Se le pregunta si quiere el chocolate, y responde siempre...

«El chocolate no es más
»que un dispertador del hambre,
»y un lavatorio de tripas!...» (1).

¡Y todo esto distraido! Porque luego se lo entro y no deja una gota. Ayer le pregunté qué le parecia mi peineta de lazo, y agarrándome este brazo, que aun tengo el cardenal, me contestó hecho una furia...

«¡Si Edelmira me hiciera el menosprecio
»de entregar la diadema á mi contrario...
»infeliz... infeliz!...»

CONCHA. ¡Pues ya ves! ¿Crees tú que una mujer puede ser feliz con él?

RITA. ¡Por supuesto! Como que la dejará en paz, sola, libre para hacer lo que la dé la gana.

CONCHA. ¡Ay, Rita! ¡Si supieras!... (Tocando un papel que lleva en el delantal.)

RITA. ¿Qué papel es ese?

CONCHA. ¡Nada, Rita!

RITA. Por fortuna yo soy plebeya (Sacándola el papel.), y

---

(1) *A Madrid me vuelvo*, comedia original.

sé leer. «Gaceta extraordinaria... Ejército de Navarra...» ¡Ya, ya estoy al cabo!... ¡Don Eduardito... el oficial amigo de don Florencio!... ¡Caspita, señorita!... ¡qué constancia!...

CONCHA. ¡Sí, Rita, te lo confieso! Aunque conozco la manía de mi primo, yo le hago justicia: tiene talento, excelente carácter, buen fondo, y le quiero como á un hermano; ¡pero ah! ¡qué diferencia!... ¡Eduardo! Eduardo posee mi corazon: siempre le he amado, y desde que he leido ese papel... ¡ay Rita, mi alma no sosiega un instante!

RITA. ¿Pues qué dice este papel encantado?

CONCHA. ¡Lée, lée, Rita!

RITA. Veamos (Leyendo.), por aquí anda... «Tan com»pleta victoria se debió al teniente de caballería »don Eduardo Guevara, que con solos ocho »hombres cargó sobre el grueso de la faccion, »al grito de ¡viva la reina!, poniéndola en ver»gonzosa fuga, haciendo gran número de muer»tos y prisioneros, y quedando herido de algu»na gravedad...»

CONCHA. ¡Qué valiente!

RITA. «Y S. M. se ha servido concederle el empleo de »capitan efectivo, y la cruz de San Fernando »laureada, que se le pondrá al frente de bande»ras.»

CONCHA. ¡Si vieras cómo palpitó mi corazon al leer eso! ¡Cuántas lágrimas de entusiasmo he derramado sobre ese papel!

RITA. Pero la herida...

CONCHA. Sé que ha curado perfectamente, y que viene á Madrid á restablecerse.

RITA. Pues ea, señorita, esta es la ocasion. Si él la ama á usted, nunca mejor que ahora... ¡Y con una cruz!... ¡ya sabe usted lo que eso vale para el amo!

CONCHA. Soy tan desgraciada, Rita, que no me atrevo á esperar. ¡Y papá está tan encaprichado en que me he de casar con mi primo!—¡Chit!...

ESCENA II.

DICHAS, DON ROSENDO y DON DIMAS.

DIMAS. Sí, ya lo entiendo, no necesita usted incomodarse.

ROSEND. (Descolgando el árbol genealógico.) Quiero que se convenza usted; que no le quede la menor duda... Mire usted, por la línea de varones: Don Aquilino Verdegay, mi tercer abuelo; este fué alguacil mayor del Santo Oficio más de seis años. Cuarto abuelo, don Alejandro Verdegay... y aquí lo tiene usted. Quinto abuelo, don Judas Verdegay, caballero del hábito de Alcántara. Ya ve usted, en esto se funda mi solicitud para que le den el hábito á mi sobrino.

DIMAS. Es cosa corriente, y eso releva de pruebas.

ROSEND. ¡Por supuesto! Debe estar despachado al momento.

DIMAS. Si en mí sólo consistiera, señor don Rosendo, estaria concedido hoy mismo; yo he dado todos los documentos en órden, bien claritos; pero esa gente tan pesada, en no untando el carro...

ROSEND. Dos mil reales que le dí á usted antes de ayer...

DIMAS. ¡Ya! ¿Pero sabe usted el papel sellado que ha habido que poner? ¿Lo que se ha escrito en dos dias?

ROSEND. Bien; con tal que logre yo la cruz de Alcàntara para mi sobrino, nada me importa gastar: ahora le daré á usted...

RITA. (Aparte á Concha.) ¿Oye usted, señorita? Quiere darla á usted un marido cruzado...

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Calla!

ROSEND. ¡Hola! ¿Estabas ahí? De cosas tuyas estaba tratando: voy á cruzar de Alcántara á Florencio antes de la boda. Aquí, don Dimas, está ha-

ciendo las diligencias, y hoy mismo espero conseguirlo, ¿no es verdad?

DIMAS. Es corriente: todo se quedará en casa, señora doña Conchita, hasta los apellidos; sus hijos de usted serán Verdegay y Verdegay.

ROSEND. ¡Y la cruz de Alcántara, que es verde! ¡Hombre! ¿si traerá su orígen nuestro apellido Verdegay del verde de esa órden?

DIMAS. Pudiera ser muy bien: yo registraré la heráldica.

RITA. (Aparte á Concha.) ¡Ay, señorita! no se case usted... ¡Se va á comer un burro la descendencia!

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Ay, Rita! ¡Ves qué empeñado está!

ROSEND. El *gay*, es lo que no alcanzo qué orígen...

RITA. (Aparte á Concha.) Pues ánimo, señorita; ¡háblele usted claro!

DIMAS. El *gay*... ¡Oh, el *gay*! Si usted leyera la heráldica, veria usted...

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡No tengo valor! Si tú no me ayudas...

ROSEND. ¡Oiga!... ¿Dice algo?

DIMAS. ¡Allí se explica... pues!... El *gay* está puesto despues del verde, para que diga Verdegay, que es su apellido de usted, ¡apellido nobilísimo!... antiquísimo!... Conque si me da usted esos cuartos, iré á activar...

ROSEND. Sí, sí; venga usted.

RITA. (Aparte á Concha.) Yo le daré á usted pié.—¡Señor, señor!...

ROSEND. ¿Qué hay?

RITA. ¿No ha leido usted la Gaceta extraordinaria?

ROSEND. No; pero ya me figuro lo que dirá.

RITA. Habla de don Eduardo Guevara, el amigo del señorito...

ROSEND. ¡Hola! ¿Y qué ha hecho ese perillan?

RITA. ¡Una porcion de hazañas! La Reina le ha hecho capitan, y le ha dado la cruz de San Fernando laureada.

ROSEND. ¡Ya!... ¡La cruz de San Fernando!... creacion de hace veinte años! ¡En sabiendo dar sablazos, cualquier plebeyo la puede tener! ¡La cruz de Alcántara muestra nobleza de sangre!

CONCHA. ¡Más lo muestra la de San Fernando, papá! Pues esa muestra que se ha derramado en el campo de batalla.

ROSEND. ¡Qué entiende esa bachillera de cruces! Venga usted por esos cuartos...—¡Las ideas modernas!

ESCENA III.

CONCHA y RITA.

CONCHA. ¿Lo ves, Rita? ¿Ves como no hay remedio? ¿Cómo no debo alimentar esperanzas, sino conformarme con la voluntad de mi padre, casarme con mi primo y ser infeliz?

RITA. ¡Muy decidido le veo! ¡Y yo que fundaba en la cruz de San Fernando todo mi plan!... ¡No sabia yo que hay cruces de cruces! Pero la peor cruz de todas es cargar con un marido que no se quiere; conque no nos acobardemos, y á tocar otro resorte. Si don Eduardo hubiera llegado, podríamos, de acuerdo con él... ¡Pero así solas, aisladas, es un diantre!

CONCHA. ¡Y aunque llegue! ¿Sabes tú si será el mismo? Si esos nuevos honores, que tanto llenan á los hombres, no le habrán hecho enfriar un amor que acaso dominaba su corazon á falta de otras sensaciones, y que puede haber cedido el puesto á la ambicion, á la gloria militar? ¡Ah!

RITA. Pues bien; de todos modos, saldríamos de la duda, y esto siempre vale más que sufrir como está usted sufriendo. Si la amaba á usted como antes, se la pediria al amo. ¿Negativa?... Depósito: ya es capitan: tenia usted viudedad.

FLOREN. (Dentro declamando.)
«Insigne amigo del valiente Otelo.»

CONCHA. ¡Calla, por Dios! Ahí viene Florencio...

RITA. Declamando: ¡buenas estamos para comedias! ¡Vámonos adentro, señorita!

CONCHA. ¡Cielos, aguarda!

ESCENA IV.

DICHAS, DON FLORENCIO y DON EDUARDO.

FLOREN. (Desde la puerta.)

«¡Ven, tú sólo eres digno de contarnos
»las brillantes hazañas y victorias
»con que Otelo á Venecia ha libertado!»

CONCHA. ¡El es!

RITA. ¡El señor don Eduardo!

FLOREN. ¡El mismo que viste y calza!...

EDUARD. ¡Hermosa Conchita! No creí tener el placer de volver á ver á usted.

CONCHA. ¡Ha dado usted un gran susto á sus amigos!... ¿Y está usted enteramente bueno?

EDUARD. ¡No fué nada!... una contusion...

FLOREN. ¡Cómo!... ¡Pues qué!... ¿Has sido herido?

EDUARD. ¡Hombre!... ¡Pues si he venido hasta la puerta de tu casa contándote la accion con pelos y señales!

FLOREN. ¿Qué accion?

EDUARD. ¡Pues estamos frescos, con que no me oías!

FLOREN. Sí... te oia, pero no pude enterarme bien: traia la cabeza ocupada con...

CONCHA. Con algun papel de comedia...

FLOREN. Precisamente.

EDUARD. ¿Conque la manía va cada vez peor?

CONCHA. ¡Incurable!

FLOREN. Figúrate que salí esta mañana, y á propósito no quise echarme en los bolsillos más que estas comedias: aquí ves; el Otelo, el Edipo, el Ricohombre, el Sí de las Niñas... esta la hacemos esta noche en nuestro teatro: yo hago el don

Cárlos: ¡si vieras qué uniforme tengo tan bien hecho! ¡con sus dos galones! ¡su cruz de Alcántara!... (Representando.) «¡Paquita!... ¡vida mia!... ¡cómo va, hermosa!... ¡cómo va!» ¡Oh! ¡sale perfectamente!—Pues, señor, al caso: sálgome por la puerta de Alcalá, y apenas me veo en el campo desenvaino el Edipo, y me pongo á declamar en alta voz, al aire libre, el acto cuarto... ya te acordarás...

«¡Así, hijos mios!... ¡Coronad de flores
»el ara antigua de los lares patrios,
»como postrer ofrenda y sacrificio
»del triste Edipo pronto á abandonarlos!»

EDUARD. ¡Sí! Ya sabemos los versos.

FLOREN. ¡Estaba hoy inspirado! ¡La Plaza de Toros se me figuraba el circo de Tebas! ¡La puerta de Alcalá, el panteon de Layo! Iba yo declamando, sin hacer caso de los honrados valetudinarios que salen á pasearse por allí á aquellas horas, y que sin duda me tomaban por loco: ya estaba en lo más patético del acto, en aquello de...

«Sonó la voz del Dios, y á mis oidos
»llegaron con horror estos acentos:
»¿quieres saber tu suerte?»

cuando una voz descomunal que gritó: ¡Florencio!... me sacó del éxtasis trágico: desapareció de mi vista Tebas, y el panteon, y el palacio; pero en cambio me ví delante de mis ojos á mi querido Eduardo, que cansado de darme voces, se habia apeado de la diligencia, y hacia cinco minutos que le tenia enfrente de mí, riéndose de mi dramática enagenacion. Me arrojo en sus brazos, estrecho sobre mi corazon á mi mejor amigo, guardo el Edipo en el bolsillo, me dice que antes de todo quiere venir á hacerte una visita, echamos á andar del brazo,

él empieza á hacerme la narracion de lo que le ha pasado en Navarra... pero los muros de Tebas vuelven á alzarse en mi imaginacion, y por desgracia nada le he oido, pues hasta que llegamos aquí vine continuando entre dientes el acto cuarto de Edipo.

CONCHA. ¡Hombre! ¡Qué desatencion!

FLOREN. ¡Tienes razon, prima! ¡Pero mi buen Eduardo me perdonará; ¡qué quieres, amigo mio! ¡No lo puedo remediar! ¡Me voy á pájaros al momento, sin querer!

EDUARD. ¡Qué tontería! ¡Conmigo puedes hacer lo que quieras; y digo, como si esto fuera nuevo para mí! Hace años que estoy acostumbrado á verte con esa manía. Pero á ver si por un rato puedes dejar la declamacion, y atender. Tú habrás extrañado que desde la misma diligencia haya querido venir aquí... Voy á abrir mi corazon, y quiero que tú me oigas, porque cuento contigo...

RITA. (Aparte á Concha.) ¡Señorita!

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Rita!

EDUARD. Es decir, en el caso de que ciertas cosas no hayan variado en mi ausencia. (Mirando á Concha.)

RITA. Todo está como usted lo dejó, señor don Eduardo.

EDUARD ¿De veras, Rita? ¿Me lo aseguras tú?

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Qué está Florencio delante!

RITA. ¡Sí señor! (Con intencion.) ¡Aquel amor... del señorito á la declamacion, lejos de entiviarse, se ha aumentado! ¡Se ha hecho una pasion!

CONCHA. (Aparte á Rita) ¡Rita!

RITA. ¿No lo está usted viendo? ¡Es un frenesí, un delirio!

EDUARD. (¡Cielos! ¡Qué querrá darme á entender!)

FLOREN. ¡No lo niego! ¡Es la pasion de mi vida!

CONCHA. ¿Y en Navarra, se ha guardado fidelidad?

EDUARD. (Con intencion.) ¡Ah, Conchita! ¡Todos han permanecido fieles... á su juramento! ¡Ninguno ha apartado de su memoria la imágen... de su reina adorada!

FLOREN. ¡Ah, valientes!

«¡Juremos por ella
»vencer ó morir!»

(Desde este momento se distrae, y empieza á declamar para sí, sin oir nada de cuanto se habla.)

RITA. (Aparte á Concha.) Aplíquese usted, señorita.

EDUARD. ¡En fin, no sé por qué hemos de gastar misterios, Conchita, cuando me lisonjeo de que estamos acordes en nuestros mútuos sentimientos, y cuando Rita y Florencio, lejos de ser obstáculos á esta aclaracion...

CONCHA. ¡Eduardo!

EDUARD. Sí, Concha mia, estoy decidido, y cuento con la cooperacion de estos dos amables aliados, si fuese necesario, para lograr el fin de nuestro amor.

CONCHA. ¿Qué dice usted?

RITA. (Aparte á Concha.) ¡No hay miedo, señorita; mírelo usted! ¡Nada oye: se ha vuelto á marchar á Tebas!

EDUARD. ¿No es cierto, Florencio?

FLOREN. (Distraido.) ¡Sí, sí, positivamente! Sigue, sigue: te estoy atendiendo. (Sigue declamando.)

CONCHA. (Azorada.) ¡No hay para qué... en este momento! Ya hablaremos de eso...

EDUARD. ¡No, ahora mismo! ¡Harto tiempo he sufrido, Conchita, sin poder aspirar á esa mano, que es lo único que ambiciono en el mundo! ¡Ansiaba una ocasion en que poder morir, ó colocarme en un rango que me autorizara á pedir su mano de usted sin que pareciera temeridad, y esta dulce esperanza alentaba mi corazon y esforzaba mi brazo cuando me ví cercado de las lanzas de los facciosos: su imágen de usted estaba delante de mis ojos: por usted peleaba: por usted conseguí aquella victoria; y al ver correr la sangre de mi herida... ¡Dios eterno! ¡Exclamé lleno de placer, ya he ganado la mano de mi adorada Concha!

CONCHA. ¡Pero Eduardo! ¡Por Dios!

RITA. ¡Nada! ¡No tema usted! Sigue en Tebas, sin novedad.

EDUARD. ¡Apenas convaleciente, corro á Madrid, y... ya lo ve usted, desde la misma diligencia vengo aquí á esperar que sus labios de usted decidian mi suerte!

CONCHA. ¡Eduardo! ¿Qué quiere usted que yo le diga? ¿Puedo acaso disponer de mí?

EDUARD. ¡Pero su corazon de usted!...

CONCHA. ¿No le ha dicho á usted, Rita, ya que todo estaba como usted lo dejó?...

RITA. De que doy fé.

EDUARD. ¡Eso me basta para ser el más feliz de la tierra!

CONCHA. ¡Ojalá bastara, Eduardo!

EDUARD. ¡Cómo!

RITA. ¡Hay un cuerpo extraño por medio!

EDUARD. ¿Y quién?...

RITA. (Señalando á Florencio.) ¡Chit! ¡Edipo!

EDUARD. ¡Es posible!

CONCHA. No, Eduardo; Florencio no piensa en mí, ni siquiera sospecha. ¡Es papá el que se empeña; me lo ha dicho terminantemente! Ya conoce usted sus ideas, sus preocupaciones...

RITA. Se ha empeñado en que sus nietos sean Verdegay y más Verdegay.

CONCHA. ¡Rita!

RITA. ¡Eso es una monotonía! ¡Cuánto más bonito seria... Guevara y Verdegay! ¿He dicho algo?

CONCHA. ¡Rita!

EDUARD. ¡Nada me acobarda! Puesto que no hago traicion á la amistad, pues Florencio nada sabe, yo, yo mismo hablaré á su papá de usted, no omitiré medio alguno: le pintaré nuestro amor, me echaré á sus piés si es necesario, los bañaré con mis lágrimas...

CONCHA. ¡Querido Eduardo!

EDUARD. ¡Sí, Concha mia! (Echándose á sus piés.) ¡Esa mira-

da me da derecho á todo! ¡Yo le suplicaré, yo le diré: Señor! ¡Piedad!

FLOREN. (En la actitud que marca el quinto acto de Edipo.)

«¡Maldito seas!...»

CONCHA y RITA. (Dando un grito.) ¡Ah!

EDUARD. (Levantándose rápidamente.) ¿Qué es eso?

FLOREN. ¡Nada, nada: sigue, sigue adelante: no hagas caso: estaba en el acto quinto de Edipo: aquel *Maldito seas*!...

RITA. (¡Maldito seas! ¡El susto que me has dado!)

FLOREN. Pero no importa: ¿tú no hablabas ahora conmigo, no es verdad?

EDUARD. (Riendo.) ¡No, seguramente!

FLOREN. Ya lo conocí... por eso me habia puesto á declamar...

RITA. (¡Sí, declama, declama, mientras te están soplando la novia en tus hocicos!)

FLOREN. Pero algo he oido...

RITA. ¿De qué?

FLOREN. Del combate con los facciosos: ¿no era eso lo que estaba contando?

RITA. ¡Cabalito!

CONCHA. Sí, eso, eso. Eduardo, adios: ¡me ha causado mucho placer lo que usted me ha referido... el combate con los facciosos... y deseo que en todo lo que usted emprenda salga con tanta felicidad como hasta aquí!

FLOREN. ¡Por supuesto que saldrá! ¡Valen poco sus enemigos!

RITA. Señorito, creo que no valen mucho. (Aparte á Eduardo.) No se descuide usted en hablar al viejo.

ESCENA V.

DON FLORENCIO Y DON EDUARDO.

EDUARD. (Sí: ahora mismo: estoy decidido: ¡pues qué, en el dia no puedo ya con dos charreteras pedir la mano de una señorita!)

FLOREN. ¿Qué es eso? ¿Estás estudiando tambien algun papel?

EDUARD. ¡No, hombre!

FLOREN. ¿O te has enfadado porque no atendia?

EDUARD. Al contrario. ¿Pero de veras, nada has oido?

FLOREN. ¡La verdad, estaba tan distraido con el Edipo, que ni esto!

EDUARD. ¿Conque eso ya es estar loco?

FLOREN. ¡Hombre, no! Tú, que te has criado conmigo, que has pasado tu juventud á mi lado, que has visto nacer en mí esta pasion, y crecer de dia en dia, ¿puedes preguntármelo? ¿No te acuerdas del colegio de San Mateo? Me pusísteis el *Trágico*, porque siempre estaba declamando y disponiendo comedias. ¡Aquel don Juan Alegría, nuestro inspector, buenos plantones me hacia pasar, ya se ve! ¡Yo siempre llevaba comedias á la sala de estudio, y el maldito siempre me las pillaba!

EDUARD. Sí: bien me acuerdo de todo aquello; ¿pero en tantos años no has perdido la aficion?

FLOREN. ¿Perderla? ¡Cada vez más fuerte! ¡Es mi delicia; mi único placer: es una pasion ciega que me domina! ¡En fin, Eduardo, de tal modo se ha apoderado de mí, que mi alma no sueña otra ambicion que la gloria escénica! Desde que se estableció la clase de Declamacion en el Conservatorio de Cristina, he asistido constantemente á ella sin que lo sepa mi tio. ¡Allí he recibido las lecciones de mi maestro, que es cómico tambien, y no por eso ha dejado de ser caballero, pues la delicadeza de sus modales, su fina educacion, su irreprensible conducta le han conservado siempre el aprecio público! (1) Esto ha desvanecido en mí la única repugnancia que me quedaba hácia el teatro, el temor que algu-

(1) Débil homenaje de admiracion y aprecio que tributa el autor á su amigo don Cárlos Latorre.

nos me inspiraban de verme aislado de la culta sociedad. ¡Ya no dudo, Eduardo! Quiero despreciar las preocupaciones, quiero atropellar toda consideracion, quiero arrostrar todo obstáculo, ¡*quiero ser Cómico!*

EDUARD. ¡Florencio!

FLOREN. Ya está hecha mi solicitud, y hoy mismo espero el permiso.

EDUARD. Florencio, ¿qué has hecho? ¿Sabes el disgusto que vas á dar á tu tio? ¿No conoces sus ideas?

FLOREN. Mira. (Mostrando el árbol genealógico que quedó en la mesa.) ¡Mi tercer abuelo fué alguacil mayor del Santo Oficio: la posteridad de España regenerada señalará aquí con más honor á un cómico de mérito que á un tostador de sus semejantes!

EDUARD. Ya. ¡Tú te contentas con la vida póstuma, con la inmortalidad! Pero Florencio, ¿y si no la consigues?

FLOREN. Si no la consigo, me bastará la satisfaccion de haber intentado conquistarla. ¿Te acuerdas del Mardoqueo?

.... «¡Sólo es delito
»el podrirse en el ocio, el corromperse
»entre seda y placer, y no elevarse
»sobre la turba perezosa y torpe
»de los demás mortales!» (1)

EDUARD. ¡Pero tu tio te abandonará de seguro!

FLOREN. ¿Y qué? ¡Viviré de mi talento, y tendré esa gloria más! ¿No vive el médico de sus visitas? ¿El abogado de sus pleitos? Desengáñate, Eduardo, bien sé que aun queda un resto de preocupacion en el vulgo ignorante. Pero las personas ilustradas piensan ya de otro modo que se pensaba en tiempo de mi tercer abuelo el alguacil mayor, y honran la carrera escénica como el más bello adorno de una nacion culta. ¡Sí,

(1) *Mardoqueo*, tragedia española.

Eduardo, y la hora de la ilustracion ha sonado ya para España con la hora de la libertad! ¡Siempre van juntas!

EDUARD. No lo niego; pero tambien en otras carreras podias con tu talento adquirir laureles.

FLOREN. ¿Y son menos gloriosos los del teatro?

«¡El mundo comedia es;
»y los que ciñen laureles
»hacen primeros papeles...
»y á veces el entremés!—»

EDUARD. (¡Esto es hecho! Nada debe detenerme.) Florencio, voy á ver tu tio, á saludarlo un momento.

FLOREN. Anda con Dios; pero cuidado con que le digas...

EDUARD. ¡Ni una palabra! Luego iré á buscarte á tu cuarto.

ESCENA VI.

DON FLORENCIO.

FLOREN. ¡El buen Eduardo! ¡Siempre nos hemos querido tanto! ¡Y tambien condena mi determinacion! ¡Un jóven, un jóven ilustrado! ¡Cuánto se arraigan las preocupaciones! ¡Se trasmiten de generacion en generacion! ¡Se maman con la leche! ¡Si yo, yo mismo hay momentos en que casi vacilo; pero, si he de decir la verdad, no es esa bárbara preocupacion la que me hace á veces titubear, no! ¡De algun tiempo á esta parte he sentido nacer en mi corazon cierto deseo, cierta necesidad de agradar á un objeto... es cosa rara! Viviendo á su lado tantos años, siempre la habia mirado con indiferencia, y ahora... yo no sé, acaso la edad, el trato... ¡Ah, Concha! ¡Ah, prima mia! ¡Tú eres el único objeto capaz de rivalizar en mi alma con el amor de la gloria teatral! Yo nunca se lo he manifestado, nunca le he dicho una palabra. ¡Ya se ve! ¡Con los ensayos y el estudio de mis pape-

les, tampoco he tenido tiempo, y casi me alegro! Porque si no me hubiera correspondido, mi alma es impetuosa, ardiente: ama y aborrece con extremo: una alma hecha de encargo para cómico; ¡y acaso una fatal pasion me hubiera hecho infeliz! ¡Ahora mismo, cuando me imagino verme aplaudido, celebrado, siempre su imágen se mezcla á mis triunfos, siempre se me ocurre que ella me oirá, y me aplaudirá tambien, y se envanecerá tal vez con mis glorias! Y quién sabe si entonces podré aspirar mejor que ahora... El corazon de la mujer es tan susceptible de entusiasmo, tan sensible á la gloria... ¡Si yo llego á adquirir un nombre!... ¡Talma! ¡Garrick! ¡Maiquez! ¡Qué mujer no desearía que su nombre, unido al de uno de estos génios, retumbase en la posteridad mejor que en un rincon de la *Guia de forasteros!* ¡Ah! ¡Este nuevo rayo de esperanza hace palpitar de gozo mi corazon! ¡El amor! ¡La gloria! ¡Entonces, quién más feliz que yo! ¡Fuera dudas: me avergüenzo de haberlas alimentado un momento! ¡Estoy decidido! ¡*Quiero ser cómico*!—Haré mi salida... ¿con qué? ¡Esta figurilla de lechuguino es un diantre para la tragedia! Sólo á fuerza de mérito se puede hacer prescindir... ¡El célebre *Lckain* era contrahecho, ridículo, y hacia temblar á los espectadores! ¡Qué arte! ¡Qué arte tan difícil!—Empezaré por el género cómico, por ejemplo, el don Martin de la Marcela: probemos.

¡Malditos sean
sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabara en quince dias
á no hacerle yo acostar;
y vuelta á su palomar;

y torna á sus profecías;
y retorna al nacimiento...
¡Digo! ¡Pues tenia traza
de dejarme meter baza!
Oh, ¡qué hablador tan sangriento!
Aquello era por demás.
Hija, ¡qué nube! ¡Qué nube!
Intencion mil veces tuve
de enviarle á Satanás.
No lo puedo resistir:
me desesperan, me endiablan
esos que hablan, y hablan, y hablan
sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama don Facundo
Valentin Perez y Perez.
No hay poder hablar con él.
¡Sí, sí, facilito es eso!
En soltando la sin hueso
á ninguno da cuartel.
Un dia se puso á hablar
conmigo: yo le queria
interrumpir. ¡Bobería!
Sintió que iba á estornudar.
En tan crítico momento,
¿qué hace? La boca me tapa,
el estornudo se escapa,
y prosigue con su cuento.
¡Digo! Esto es ser hablador.
Pues con tanta algarabía,
por cartujo pasaria
al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
¡Válgame Dios, qué carcoma!
No lo tome usted á broma:
eso es una enfermedad.
Vamos: aun me dan sudores.
¡Qué suplicio! ¡Qué agonía!

¡Jesus! ¡Mala pulmonía
en todos los habladores!

(Pensativo.) ¡Qué sé yo! No me satisface. ¡Si yo llegará á crear uno de aquellos grandes caractéres históricos! ¡Uno de aquellos personajes colosales... *Don Pedro el Cruel*, en el sublime drama de nuestro inmortal *Moreto*! ¡La escena con el Rico-hombre, la de las cabezadas! ¡Si tuviera aquí alguno que me hiciese la figura! ¡Si viniera Eduardo! Aunque fuese el aguador; nada más que para la ilusion. (Mirando adentro.) ¡Oh! ¡Magnífico! ¡Magnífico! (Entrase corriendo por la puerta izquierda, y sale con un molde alto de pelucas, donde está puesta la de don Rosendo.) Ya tengo al Rico-hombre: la peluca de mi tio. (Coloca el molde, y se dirige á los retratos.) ¡Progenie ilustre! ¡Nobles Verdegays! ¡Cerrad los ojos, por no ver esta profanacion!—(Declama, dirigiéndose á la peluca.)

¿En fin, vos sois en la villa
quien al mismo rey no da
dentro de su casa silla?
¿El Rico-hombre de Alcalá
es más que el rey en Castilla?
¿Vos, quien, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece sin que vos
deis licencia para ello?
¿Vos, quien vive tan en sí
que su gusto es ley, y al vellas,
no hay honor seguro aquí
ni en casadas ni en doncellas;
esto lo aprendeis de mí?
¡Vos, en fin, quien en mi ausencia,
ajando la autoridad
que ejerzo, con insolencia
pensais que en vuestra presencia
temblará la majestad!

Pues entended que el valor
sobra en el brazo del rey,
pues sin ira ni rigor
corta para dar temor
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposicion
á su impulso, mal se fia,
que al herir de la razon
no resiste la osadía.
Para el rey nadie es valiente;
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente;
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley
que vuestro error despreció;
y que despues de ser rey,
soy el rey don Pedro yo.
¡Y si á la alteza pudiera
quitar el violento efecto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto!
Pero ya que desnudar
no me puedo el ser de rey,
por llegároslo á mostrar,
y que os he de castigar
con la espada de la ley.
¡Yo os dejaré tan mi amigo,
que no darme cuchilladas
querais, y si lo consigo,
á cuenta de aquel castigo
tomad estas cabezadas!

(Le da las cabezadas, y la arroja al suelo á tiempo que sale Rita.)

ESCENA VII.

DON FLORENCIO y RITA.

RITA. (Asustada.) ¡San Francisco!... ¡Por poco me rompe una pierna! ¡Señorito! ¿Qué es eso?

FLOREN. (Declamando.)

«El Rico-hombre de Alcalá
»á los piés del rey don Pedro.»

RITA. ¡Jesus! ¡La peluca del amo! ¡Está usted endiablado. (La levanta.)

FLOREN. Si hubieras venido antes, me hubieras hecho de Rico-hombre.

RITA. ¡Gracias! (La mete dentro.)

FLOREN. Aguarda, aguarda: ya que estás aquí...

RITA. Y el señor don Eduardo ¿se ha marchado ya?

FLOREN. No; ha entrado á ver al tio.

RITA. (¡Mucho dura la sesion! ¡Y la señorita está tan impaciente! ¡Mucho me temo que saque lo que el negro del sermon!)

FLOREN. Quiero ensayarme en el género trágico: esta puede hacerme la figura.—Mira, Rita, ya que has venido, vas á hacerme un favor.

RITA. ¿Cuál?

FLOREN. (Registrándose los bolsillos.) Toma, no: esta no: esta tampoco: esta otra... no, no... esta: no, tampoco.

RITA. ¿En qué quedamos?

FLOREN. «Otelo...» ¡esta, esta! toma.

RITA. ¿Y para qué?

FLOREN. ¡Tómala, mujer!

RITA. ¿Y qué he de hacer con esto?

FLOREN. Darme el pié.

RITA. ¡El pié!... Qué, ¿se va usted á meter ahora á zapatero?

FLOREN. Calla, tonta; que me des el último verso, para que yo siga.

RITA. ¡Ay, Dios mio! Yo no entiendo...

FLOREN. ¿No sabes leer?

RITA. De corrido.

FLOREN. Pues bien, ¿no conoces el Otelo?

RITA. ¿Alguna comedia?

FLOREN. Tragedia, mujer, de *Shakespeare.*

RITA. ¡Ay, qué nombres!

FLOREN. Un moro que entra en la alcoba de su querida cuando está durmiendo, y la mata por celos, y luego se mata él.

RITA. ¡Oh! Debe ser muy bonito en comedia.

FLOREN. Vas á hacerme de Edelmira.

RITA. ¿Es la que está durmiendo?

FLOREN. Sí.

RITA. ¡Entonces no equivocaré el papel!

FLOREN. (Le busca la escena.) Esta es la escena: vas leyendo, y cuando habla Edelmira, lo lees.—A propósito; aquí está el sofá: échate aquí.

RITA. ¡Vaya en gracia! (No viene esto mal: así veré á don Eduardo cuando salga.)

FLOREN. ¡Vamos! (La coloca en el sofá.) Ten cuidado con los versos, y cierra los ojos.

RITA. Entonces, ¿cómo he de leer?

FLOREN. Tienes razon.—¡Oh! ¡Aquí hay un chal de mi prima! ¡Perfectamente! (Se lo pone de alquicel.) ¡Y el palillo de la calceta! Ya soy Otelo.—¡Cuidado no te distraigas! (Entrase dentro, y hace la salida de la escena IV del acto quinto de Otelo.)

. . . . «Sí: lo prometo.
»Sí: mi furor acaso me arrastrará
»á un exceso; yo quiero refrenarme.
»¡No! ¡Tú no morirás!...»

RITA. ¡Dios le oiga á usted!

FLOREN. ¡Calla!

. . . . «¡Cuánto realzan
»su hermosura estas lúgubres antorchas!
»—Para resucitar la mortal llama
»de esta luz, al instante nuevo fuego

»podria yo encontrar; mas si apagara
»esa llama que anima tu existencia,
»¿me seria posible el avivarla?...» (Pausa.)

Da un suspiro ahora.

RITA. (Suspirando débilmente.) ¡Ah!

FLOREN. Mas fuerte, que lo he de oir yo.

RITA. (Dando un suspiro muy esforzado.) ¡Ay!

FLORÉN. (Declamando.)

«¡Con qué pureza respirar la siento!
»¡Qué poderoso hechizo es el que arrastra
»mi persona á la suya con tal fuerza!
»A pesar de tu culpa, mira, ingrata,
»la sangre que circula por mis venas
»aun gustoso por tí la derramara.»

RITA. ¿Qué es eso, me va usted á matar ya?

FLOREN. ¡Calla, diablo!

RITA. Es que usted se entusiasma tanto, que no sea...

FLOREN. ¡Todavía no!

«¿Y por qué he de oprimir con su delito
»á la infame perjura que me engaña?
»¡Mi mal es cierto; mis oprobios veo!
»los olvido... ¡Muramos sin tardanza!» (Pausa.)

¡Vamos, lee!

RITA. ¡Ah! Ahora me toca á mí... (Leyendo sin sentido.)

«O Dios quién es, quién sois. ¿Sois vos, Otelo?»

FLOREN. Jesus, ¡qué horror! Con sentido, y te levantas: así... con ciertos ademanes, como quien se despierta de dormir: vamos.

RITA. (Se levanta esperezándose, y dice bostezando.)

«¡Oh Dios! ¿quién es; quién sois? ¿Sois vos, Otelo?»

FLOREN. (Declamando.)

«¡Yo soy, no os inquieteis!»

RITA. (Leyendo.)

«Pero qué cansa...»

FLOREN. (Impaciente.) ¡Qué *causa,* mujer!

RITA. ¡Parece una *ene*!

«¿Pero qué causa,
»perdonad mi sorpresa, os ha obligado
»á venir á estas horas á mi estancia?»

FLOREN. Calla, calla por Dios; que eres capaz de quitar la ilusion al leon del Retiro. (Quitándole la tragedia.)

RITA. ¡Pues yo no soy cómica!

FLOREN. Has dicho eso, lo mismo que dirias «Señorita, ¿quiere usted que le ponga los papillotes?»

RITA. ¡Pues, así, con naturalidad!

FLOREN. ¡Calla, calla! No hables tú nada: estate ahí quieta.

. . . . «No: ¡te engañas!
»De Loredano á Pésaro mi amigo
»la diadema llegó... pero arrancada
»del cuerpo miserable de ese jóven
»que tendido en el suelo se quedaba,
»revolcado en su sangre torpe, impura...
»¡Por mil heridas vomitando el alma!
»—¡Ha muerto, ha muerto!—¡Y tú su muerte lloras!
»—¡Cielos, que oigo!—¡Lástima te causan
»su juventud, sus gracias lisongeras!
»—¡Era inocente, sí!—¡Mira esta arma!»

(Sacando el palillo, y agarrándola fuertemente de un brazo.)

RITA. (Quejándose.) ¡Ay, ay, ay!

FLOREN. «¡Sí; pero yo defiendo la inocencia,
»aunque tu injusto acero me amenaza!
»—¡La inocencia!...»

(Sacudiéndola fuertemente.)

RITA. ¡Ay, ay, que me hace usted mal!

FLOREN. ¡Calla, tonta!

«¡Lo juro, sí, lo juro
»por el sér protector que nos ampara!»

RITA. ¡Caramba, suelte usted, suelte usted!

FLOREN. «Lo juro por mi amor, y por tí mismo.»

RITA. ¡Ay, ay, que me lastima usted el brazo!

FLOREN. «¡Tu sangriento puñal no me acobarda!»

RITA. ¡Ay, ay, ay!

FLOREN. «¡No!... ¡Pues muere!...»

(La hiere con el palillo, arrojándola sobre el sofá. Rita, asustada, cae dando chillidos.)

RITA. ¡Ay, ay, ay!

FLOREN. «¡Está bien hecho
»lo que acabo de hacer con esta ingrata!»

ESCENA VIII.

DIHOS y DON DIMAS.

DIMAS. (Creyendo que riñen.) ¡Señores, señores, paz!

FLOREN. (Declamando.)

«¡Quién viene!»

DIMAS. ¡Señor don Florencio, crea usted que la muchacha no ha tenido parte en nada; y no tema usted! El señor don Rosendo, delante de mí, le ha dicho al otro que usted, y nadie más, ha de ser su esposo.

RITA. (¡Ay, Dios mio, bien lo temia yo!)

FLOREN. (Declamando, sin atender.)

«¿Qué me habeis dicho?»

DIMAS. Que no tiene usted que regañar á la muchacha, porque ella no se ha metido en nada. (Dirigiéndose á Rita aparte.) ¡Anda, escápate!

FLOREN. (Interponiéndose.)

«¡Ahora duerme! ¡Dejadla que repose!...»

DIMAS. ¡Cómo! ¿Quién duerme?

FLOREN. «¡Su hechizo,
»su virtud y su amor!...»

DIMAS. ¡Sí señor! Usted solo será quien lo goce.
(Casi á un tiempo los tres, en todo el diálago siguiente.)

FLOREN. «¡Ya Dios se apiada!...
(Dirigiéndose á Rita, y agarrándola las manos.)
»y me la volverá... muerta!»

RITA. ¡Ay, ay!

DIMAS. (Deteniéndolo.) ¡Señor don Florencio! ¡Por Dios, que no tiene la culpa!

FLOREN. «¡Ya murió! ¡Yo he abierto su sepulcro!»

DIMAS. Crea usted que no se ha metido en nada.

FLOREN (Queriendo abrazarla.)

«¡Víctima tierna y dulce, prenda amada!»

RITA. ¡Que me rompe usted el vestido!

FLOREN. «¡Oh, que dolor! ¡Qué furia! ¡Para siempre!...»

DIMAS. ¡Vamos, señorito, déjela usted!

FLOREN. «¡Para siempre!... ¡Sí!... ¡Yo!... ¡Arrancadme el alma!»

DIMAS. Basta que yo interceda.

FLOREN. «¡Mi esposa! ¡Amigos, sí; compadecedme!»

DIMAS. ¡Sí señor! ¡Será esposa de usted, cuando yo lo lo afirmo!

FLOREN. (Arrojándose sobre Rita.)

«¡Te volveré á estrechar!»

RITA (Luchando.) ¡Ay, ay! ¡Suélteme usted!

DIMAS. (Separándolo.) ¡Señor don Florencio, sosiéguese usted, vamos!

FLOREN. «¡Muero!»

(Se da con el palillo; se agarra á don Dimas, y vienen los dos al suelo.)

DIMAS. ¡Ay, ay! ¡Misericordia, señor don Florencio!

RITA. (Riendo á carcajadas.) (¡Ja, ja, ja! ¡Señorito! ¡Ja, ja, ja!

FLOREN. (Levantándose rápidamente.) ¡Gracias! ¡Con que te hago reir con una escena trágica, animal!

DIMAS. ¿Pero qué es esto, señor? Ayúdeme usted, ya que me ha derribado.

FLOREN. (Dándole la mano.) ¡Oh, don Dimas! ¡Bien venido!

DIMAS. ¡Calle!

FLOREN. ¿Sale usted por escotillon?

RITA. (Voy á contarle á la señorita la mala noticia.)

ESCENA IX.

DON FLORENCIO y DON DIMAS.

DIMAS. ¡Pero, señor, qué arrebato tan sin motivo! ¿No le estoy á usted diciendo que su tio no se la concede ni á escopetazos?

FLOREN. ¿El qué?

DIMAS. ¿Cómo el qué? La mano de doña Conchita.

FLOREN. ¡La mano de mi prima!... ¡Cómo, cómo! ¿A quién? Explíquese usted.

DIMAS. ¡A don Eduardo!

FLOREN. ¡A Eduardo! ¡Señor, yo estoy lelo! ¿Qué enredo es este?

DIMAS. Tranquilícese usted. Por más que don Eduardo se empeñe, y le ruegue y le llore...

FLOREN. ¿Eduardo se la pide á mi tio?

DIMAS. En este momento.

FLOREN. ¡Cielos!

DIMAS. Pero por más que diga que doña Conchita le ama, que se lo ha jurado, que será infeliz sin él...

FLOREN. ¡Eso ha dicho! (¡Ah, ya caigo! ¡Y yo nada he conocido! ¡Y en tanto tiempo! Ya se ve, distrai-

do siempre.) ¿Conque dice que Concha le ama?

DIMAS. Pues, ¡lo que dicen todos! y que no dará su mano á otro; pero eso es charla.

FLOREN. (Ya, ya; ¡su prisa en venir aquí! ¡Y mientras yo estaba en el acto quinto de Edipo... qué chasco!)

DIMAS. Repito que no tenga usted miedo. El señor don Rosendo está firme en su plan, y lo ha desahuciado, diciéndole terminantemente que la destina para esposa de usted.

FLOREN. ¡Esposa mia!

DIMAS. Por supuesto: y hoy mismo se ha de firmar el contrato.

FLOREN. ¡Yo estoy aturdido! ¡Yo no sé lo que me pasa! ¿Habla usted de veras?

DIMAS. Como que delante del mismo don Eduardo me ha dicho que vaya ahora mismo á extenderlo, y lo traiga.

FLOREN. ¡Es posible!

DIMAS. Y hoy recibirá usted tambien el nombramiento de caballero del hábito de Alcántara, que ha solicitado el señor don Rosendo para usted.

FLOREN. ¡El hábito de Alcántara! ¡Yo estoy en babia! (¡Y justamente lo saco esta noche en el Sí de las niñas!)

DIMAS. Conque sea enhorabuena, que voy corriendo á extender el contrato matrimonial.

FLOREN. (Caviloso.) Aguarde usted. (¡Hé aquí una situacion verdaderamente trágica! Florencio, ¿qué harás? La gloria por un lado, el amor por otro; ¡pero qué amor ni qué calabaza, si ella quiere á Eduardo!...) Don Dimas, vaya usted volando á extender el contrato, y deje usted mi nombre en blanco.

DIMAS. ¿Pues qué?...

FLOREN. ¡Haga usted lo que le digo! Es un capricho.

DIMAS. Bien, lo haré como usted mande.

FLOREN. ¡Y vuelva usted con él al instante!

DIMAS. Al momento.

ESCENA X.

DON FLORENCIO.

FLOREN. ¡Ni sé si estoy triste, si estoy alegre! ¡Buen chasco me han dado! Pero estoy resuelto, muy resuelto. ¡La cruz de Alcántara! ¡Válgame Dios, qué ceguedad! Mi tio le daria su hija á un bozal de Angola como tuviera la cruz de Alcántara. Pues ella me ha de servir hoy para lo que imagino; ¡que sirva de algo! Sí: voy corriendo á ver si el sastre me ha concluido el uniforme para esta noche, y servirá por la mañana en otra comedia. Aquí viene mi prima: qué hermosa, ¡ah! No, pues al menos he de vengarme; los he de atormentar.

ESCENA XI.

DON FLORENCIO, CONCHA y RITA.

CONCHA. (Aparte á Rita.) ¡Aun está aquí Florencio! ¡No habrá salido Eduardo!

RITA. Se conoce que no.

FLOREN. ¡Prima mia, me alegro mucho de verte: no sé si sabrás á estas horas el plan que tu padre se ha propuesto con respecto á nosotros: yo hace un momento que lo sé, y mi corazon no cabe en el pecho de alegría! Sí, Concha: á pesar de mis distracciones, siempre ha habido un objeto en el mundo que ha fijado mi atencion y producido en mi alma sensaciones que ahora te puedo revelar. ¡Concha, yo te amo, yo te he amado siempre! Tu padre me autoriza á romper el silencio que hasta aquí he guardado, pues quiere unirnos hoy mismo. ¡No creo que tu corazon esté prevenido en favor de otro, pues en este caso ya me lo hubieras confiado á mí... á tu mejor amigo! ¡Me retiro, pues, con la fundada

esperanza de ser hoy dueño del tesoro que más ambicion en la tierra! ¡Desde hoy renuncio á esa aficion que te disgusta, renuncio á todo, para dedicar únicamente mi vida á hacer tu felicidad. (Saludándola y marchando.—Aparte.) ¡Vaya un par de banderillas!

ESCENA XII.

CONCHA y RITA.

CONCHA. (Despues de una pausa.) ¡Rita!...
RITA. ¡Señorita!...
CONCHA. ¿Qué es esto?
RITA. ¡El demonio que lo enreda!
CONCHA. ¿Le has oido? ¡Yo he quedado muerta!
RITA. ¡Qué chasco! Vaya una conquista fuera de tiempo. Cuando más lo creíamos en Tebas...
CONCHA. ¡Cuando ni remotamente he sospechado jamás que pensase en mí!
RITA. ¡Salir ahora con esa pasion improvisada!
CONCHA. ¡Ay, Rita! ¡Qué desgraciada soy!
RITA. ¡Vamos! ¡Tambien usted se ahoga en un vaso de agua! Veremos qué dice don Eduardo, y en el último caso... ¡qué diantre! En queriendo dos amantes...
CONCHA. Mi única esperanza era la indiferencia de Florencio, porque, ¿cómo quieres que desobedezca á mi padre?
RITA. ¡Ea! ¡Ya sale don Eduardo! Ahora veremos...

ESCENA XIII.

DICHAS y DON EDUARDO.

CONCHA. ¡Eduardo!... (Viéndolo triste.) ¡Ah! ¡No hay duda!
EDUARD. ¡Sí, Concha, me ha negado su mano de usted, me ha dicho mil impertinencias, me ha sacado

mil historias de su familia, de sus abuelos, y que quiere casarla á usted con su primo, porque la rama trasversal, y la horizontal, y qué sé yo cuántas vaciedades!

RITA. ¡Es de familia el tener una manía!

EDUARD. Pero ánimo, Concha mia; el lance no es desesperado. El cuenta sin la huéspeda, segun veo. Florencio no sueña en usted, ni piensa en casarse, y en sabiendo que estoy yo por medio, él mismo hará...

CONCHA. ¡Ay! ¡Eduardo! ¡Soy muy infeliz! (Llora.)

RITA. ¡Usted sí que no cuenta con la huéspeda!

EDUARD. ¿Cómo?

RITA. Acaba de hacer á la señorita una declaracion en regla.

EDUARD. ¿Florencio?

RITA. El mismo. Ha dicho que renuncia ya á sus comedias; que siempre ha amado á su prima; en fin, que se casa con ella, y se da con un canto en los pechos.

EDUARD. ¡Pérfido!

CONCHA. ¡No, Eduardo! Él no sabe nuestro amor, nosotros nunca se lo hemos dicho, y sus distracciones no le han dejado observarlo.

RITA. ¡Qué, se necesitaba estar todo lo distraido que él estaba!

EDUARD. No importa: yo le hablaré. Él no puede estar enamorado de usted. Eso que ha dicho habrá sido... alguna declaracion de comedia que se le ocurriria. ¿Pues qué, se puede amarla á usted, Concha, y ocultarlo así? ¡No es posible! ¡Yo le hablaré: tranquilícese usted, vida mia!

CONCHA. ¿Pues qué, se puede renunciar á la felicidad y tranquilizarse?

EDUARD. ¡Ah, hermosa! ¡Esas palabras me vuelven loco de placer! ¡Sí, no lo dude usted, se logrará nuestro amor!

FLOREN. (Dentro, declamando.)
«¡Ah del oscuro reino del espanto!...

»¡Estancia del dolor, mansion del llanto!...» (1)

RITA. ¡Allí viene!

CONCHA. ¡Vámonos! Por Dios, Eduardo, ¡qué va usted á hacer!

EDUARD. ¡No tema usted: yo sé respetar todo cuanto pertenece á la que adoro!

CONCHA. ¡Adios! ¡Yo voy muerta, Rita!

RITA. ¡Calle usted: no llegará la sangre al rio!

ESCENA XIV.

DON EDUARDO y DON FLORENCIO, con un lio.

FLOREN. «Ya estamos en Madrid, y en nuestro barrio.» ¡Hola, Eduardo! Hombre, ¡qué larga sesion con el tio! ¿Le has estado contando tu accion con los facciosos... como á mi prima hace un rato?

EDUARD. No.

FLOREN. ¿O te ha hablado él de nuestro tercer abuelo el alguacil mayor del Santo Oficio? ¡Ya tiene misa para un rato cuando la toma con el abolorio!

EDUARD. Florencio, me alegro de verte.

FLOREN. ¡Y yo tambien á tí! ¿Lo has pasado bien desde la vista? ¡Ah! ¡Aquí traigo mi uniforme para esta noche: mira, mira! (Lo desenvuelve.)

EDUARD. Bien; pero dejemos eso ahora: quisiera que hablásemos...

FLOREN. ¡Hasta que se nos caiga la campanilla! ¡Precisamente es mi fuerte! Pero ves qué uniforme, con su cruz de Alcántara, sus dos galones... ¡Esta noche soy jefe tuyo! ¡Pero no tardarás en llevarlo... á otra accion con los facciosos... como la que le contabas á mi prima!

EDUARD. ¿Vamos, Florencio, quieres oirme? ¡Con formalidad!

FLOREN. ¡Cuando quieras! Pero, mira, pruébatelo, pruébatelo.

(1) *El Diablo Predicador*, comedia española.

EDUARD. ¡Hombre, deja!...
FLOREN. (Queriendo quitarle la levita.) Pruébatelo; quiero vértelo puesto, quiero ver qué tal está.
EDUARD. ¡Despues!... ¡Oyeme ahora!
FLOREN. ¡Pruébatelo ahora, y te oiré despues! ¡Hombre, dame ese gusto!
EDUARD. ¡Pero tambien es majadería! Si urge lo que quiero decirte.
FLOREN. Pues ahora me lo dirás: vamos... (Quitándole la levita.)
EDUARD. ¡Cuidado que es pesadez! (Se la quita.) ¡Vaya! ¡Pero en seguida me has de prestar atencion, ó reñimos!
FLOREN. ¡Sí, al instante! Póntelo, póntelo. (Le pone el uniforme.) ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Te está pintado!
ROSEND. (Dentro.) ¡Florencio!
EDUARD. ¡Tu tio!
ROSEND. (Dentro.) ¡Florencio!
EDUARD. ¡Ayúdame á quitármelo!
FLOREN. ¡Ya no hay tiempo: ya está aquí!
EDUARD. ¿Dónde me meto?
FLOREN. ¡Ya nos ha visto!

ESCENA XV.

DICHOS y DON ROSENDO.

ROSEND. ¡Florencio, responde!
FLOREN. Ya iba: estaba oyendo á Eduardo, que ha subido á decirme un recado.
ROSEND. ¡Calle! ¿Qué uniforme es ese?
EDUARD. Este uniforme...
FLOREN. El suyo: ¿cuál ha de ser? (Aparte á Eduardo.) ¡Por Dios, dí que es tuyo, no descubras que hago comedias, y me pierdo!
EDUARD. (¡Se necesita en este momento toda mi generosidad!...)
ROSEND. ¿Pues cómo tan pronto? Hace poco rato que le he visto...

FLOREN. Es que ha venido á parar á la fonda del cuarto bajo, y ya se ha vestido.

EDUARD. (¡Cómo las urde!)

ROSEND. Y esa es la cruz...

FLOREN. La cruz de Alcántara.

ROSEND. ¡La cruz de Alcántara! ¡Es posible! (Acercándose.)

EDUARD. (¡En buen berengenal me ha metido este loco!)

FLOREN. ¡Sí señor! ¿No la ve usted?

ROSEND. ¡Sí, ella es! ¡Amigo, esto ya es otra cosa!

FLOREN. (Á Eduardo.) Bien, Eduardo; ahora hablaremos de eso, si quieres esperarme en mi cuarto un momento.

EDUARD. Con mucho gusto. (Aparte á Florencio.) ¡No tardes! De lo que tengo que hablarte pende mi felicidad. (Saluda y se va.)

ESCENA XVI.

DON ROSENDO y DON FLORENCIO.

ROSEND. (¡La cruz de Alcántara! ¡Pues no me ha parecido mal este mozo! ¡Y se conoce que está enamoradillo de la chica!) Oyes, Florencio, tu cuarto no tiene comunicacion por dentro con el de mi hija, ¿no es verdad?

FLOREN. ¡No señor, no hay más entrada que esta!

ROSEND. ¡Ya! Pero dime, ¿no era la cruz de San Fernando la que le habian dado?

FLOREN. Sí señor, tambien; pero esta es aparte: la tenia solicitada antes de irse.

ROSEND. ¿Le habrán relevado de pruebas de nobleza?

FLOREN. ¡Qué, no señor, las ha hecho todas!

ROSEND. ¿Pues cómo diablos?...

FLOREN. ¡Pues si es más noble que el mismo Cid! ¡Ahora sabe usted eso! No hay más que ver el apellido.

ROSEND. ¡Qué! se llama Guevara... Guevara á secas, ¡y eso no vale nada!

FLOREN. ¡Se equivoca usted! ¡Si tiene delante un *Ladron*

mayor que José María! El no se lo firma nunca, en obsequio de la brevedad.

ROSEND. ¿Es Ladron de Guevara?

FLOREN. ¡Y ladron de corazones, segun tengo entendido! Sé que mi prima le ama; que él trata de pedírsela á usted por esposa: de eso queria hablarme, de que yo le presentase á usted; y sin duda para manifestarle, sin necesidad de enseñarle pergaminos ni papelotes, la nobilísima estirpe de que procede, se ha ido á poner su cruz de Alcántara. Ya sabe usted que en llevando la cruz de Alcántara, no hay nada que preguntar.

ROSEND. Eso por supuesto. Pero Florencio, para eso te llamaba: has de saber que ya me ha hablado; que ya me la ha pedido.

FLOREN. ¡Hola! ¿Con qué será cosa hecha?

ROSEND. No: yo tengo otro plan... y como venia sin la cruz... en fin, se la he negado.

FLOREN. ¡Qué ha hecho usted, tio! ¡Sabe usted el favor que goza en el dia! ¡Sabe usted que ese mancebo se verá mañana de general, y quién sabe! ¡Con una gran cruz, con excelencia, y puede que algun título!

ROSEND. ¡Un título! ¡Ya se ve! ¡No me habia dicho nada! No me ha hablado más que de su amor, y vuelta con su amor.

FLOREN. Como que para casarse, eso es antes que títulos y cruces.

ROSEND. No importa: yo he resuelto ya otra cosa. Florencio, quiero casarla contigo.

FLOREN. ¡Conmigo, señor! ¡Y he de consentir yo que mi amigo sea infeliz por mi causa, imposible!

ROSEND. ¡Déjate ahora de filosofías modernas! Ya lo tengo todo dispuesto: don Dimas traerá ahora el contrato para que lo firmemos, y en cuanto á cruz de Alcántara, mi familia no es menos que la de ese señorito. Sabe que la he solicitado para tí, y que hoy tambien espero la gracia.

FLOREN. ¿Hoy tambien? ¡Dos cruces en un dia!

ROSEND. Aquí viene don Dimas, que puede que la traiga.

FLOREN. (¡Esto no va mal! ¡Se tragó la cruz!)

ESCENA XVII.

DICHOS y DON DIMAS con el contrato y un oficio.

ROSEND. ¿Trae usted el contrato?

DIMAS. Aquí está.

ROSEND. Venga. Florencio, tu padre te dejó al morir encargado á mi cuidado. Yo te he educado como correspondia á tu nacimiento, á la nobleza de tu sangre: no he querido que estudies, porque desde luego formé el proyecto de unirte á mi hija, y que gozases de mis bienes. Ha llegado el dia de realizarlo: aquí está el contrato: fírmalo.

FLOREN. Señor: yo conozco lo que usted me ama, veo lo que quiere usted hacer por mí, y mi gratitud será eterna; pero es fuerza ya revelarlo, ¡hay un obstáculo que me impide gozar esos beneficios!

ROSEND. ¡Qué obstáculo puede haber! ¿No soy yo su padre, no es mi voluntad?

FLOREN. Hay un obstáculo, señor, que no sé cómo decírselo á usted.

ROSEND. ¡Ea, basta de tonterías! firma.

DIMAS. Al entrar me dieron este pliego para el señor don Florencio.

ROSEND. ¡A ver! ¡Oh, qué placer! ¡Esta en la gracia del hábito de Alcántara! ¡Ves, Florencio, ves! (Abriéndolo.) ¡Mis antiparras, lea usted, don Dimas, lea usted!

FLOREN. (¡Nobles artes, gloria escénica, todo te lo sacrifico!)

DIMAS. (Lee.) «S. M. la Reina Gobernadora se ha servi-

do acceder á la solicitud de don Florencio Verdegay...»

ROSEND. (Gozoso.) ¡Concedido, concedido!

DIMAS «Verdegay, alumno del Real Conservatorio de *María Cristina*...»

ROSEND. ¡Qué es eso!

FLOREN. (¡Dios mio! Si será...)

ROSEND. ¿Qué está usted leyendo, hombre?

DIMAS. ¡Así dice, señor! «Alumno del Real Conservatorio de *María Cristina*, permitiéndole ajustarse de actor dramático en los teatros de esta córte...»

FLOREN. (¡Oh dicha, ya soy cómico!)

ROSEND. ¡Don Dimas, don Dimas! ¡Usted ha almorzado fuerte hoy!

DIMAS. ¡Chocolate, á las seis de la mañana!—Continúo: «debiendo hacer su primera salida el 10 del »corriente, cumpleaños de nuestra Reina y se»ñora doña Isabel II.—De Real órden, etc.»

FLOREN. (Entusiasmado.) ¡Ah, ya soy cómico!—«Orgullo, »preocupacion, tiranos de la tierra, ¡pronto os »despreciaré!»

ROSEND. ¡Florencio, qué horror, Florencio!

DIMAS. ¡Yo estoy lelo, vaya una cruz de Alcántara!

FLOREN. Sí, amado tio: ¡ya no es tiempo de disimular! Yo lo he solicitado, yo lo ansiaba...

ROSEND. ¡Tú, miserable!

FLOREN. ¡Yo mismo! Hé aquí el obstáculo de que antes hablaba. Una inclinacion invencible, una ciega pasion me arrastra al teatro.

ROSEND ¡Infame, mal caballero! ¿Por qué me has engañado?

FLOREN. La bárbara preocupacion me obligaba á hacerlo.

ROSEND. ¡Preocupacion! ¡Tú lo llamas preocupacion! ¡Dios mio, qué vergüenza! ¡Una familia deshonrada! Florencio, hijo mio, ¿qué te he hecho yo? ¿No he sido para tí un padre? ¿Por qué quieres abandonar á tu familia, por el triste honor de

que te aplaudan en un teatro? ¡No, Florencio, no! Renuncia á ese horroroso designio: ¡no pagues mis beneficios con tanta ingratitud!

FLOREN. ¿Qué dice usted? ¡Yo ingrato, no! Pero diga usted, tio, usted me tiene por noble, por honrado: ¿y qué, por ser cómico dejaré de serlo? Si abrigara una alma mezquina y vulgar, admitiria sus ofertas de usted, sacrificaria á mi vil egoismo la amistad de Eduardo, y pasaria mi vida en el fango de la ociosidad. ¡No: estoy resuelto! ¡Abandóneme usted, no importa, yo sabré hacerme mi suerte! ¡Me lo presagia el noble ardor que siento en mi alma! ¡Yo ilustraré mi nombre en la carrera de gloria que voy á emprender, y á fuerza de talento y de triunfos, le obligaré á usted un dia á que me perdone, y á que me aplauda.

ROSEND. ¡Calla, calla, blasfemo!—Y aun suponiendo que llegara ese caso, ¿has pensado en las humillaciones que tendrás que sufrir? ¿Has pensado en los caprichos del público, en sus injusticias muchas veces, en los partidos que se formarán contra tí, y sobre todo, en los periódicos, y sobre todo, en *Fígaro*?

FLOREN. Si su crítica es fundada, me aprovecharé de ella, y les daré las gracias; y si es necia, si es insolente, ¿qué daño pueden hacer al verdadero talento los ladridos de un periodista ignorante? ¿Podrán cerrar el alma del espectador á las sensaciones que yo sepa inspirarle? ¿Detendrán las lágrimas en sus ojos? ¿Cerrarán sus labios á la risa que yo les arranque? ¡El público, dice usted, podrá ser alguna vez caprichoso, pero un público entero nunca es injusto! ¡Tenga yo verdadero talento, y él me aplaudirá!

ROSEND. ¿Con que estás resuelto á desobedecerme; á deshonrar tu nombre?

FLORÉN. ¡A honrarlo, sacándolo de una vergonzosa oscuridad!

ROSEND. ¡Bien, ingrato, bien! ¡Sigue el camino de la perdicion! ¡Sal al teatro! Yo te abandono, te desprecio, y mi hija será esposa de Eduardo.

FLOREN. Esa es la gracia que por última vez queria pedirle á usted. Ya estoy contento: emprendo mi carrera haciendo dos personas felices. ¡Ah, el corazon me anuncia que yo tambien lo seré!

ROSEND. ¡Florencio, aun es tiempo! Mira (*Llégase á la mesa y firma el contrato.*) ahí tienes el contrato de tu boda firmado por mí; lo dejo en tus manos. Reflexiona la suerte que te entrego. En mi despacho espero tu resolucion.

ESCENA XVIII.

DON FLORENCIO.

FLOREN. ¡Mi resolucion ya está tomada! ¡El contrato firmado! ¡El nombre en blanco! ¿En qué me detengo? ¡Eduardo, recibe la felicidad de manos de tu amigo! (*Escribe en el contrato.*) «con don Eduardo Guevara.» ¿Y mi contrato de boda? (*Tomando la Real órden.*) ¡Aquí está! Yo tambien me caso; ¡mi esposa será la gloria! (*Llamando.*) ¡Eduardo, Eduardo, Concha!

ESCENA XIX.

DON FLORENCIO, DON EDUARDO, CONCHA Y RITA.

EDUARD. ¿Qué hay?

CONCHA. ¡Dios mio!

RITA. ¡Qué voces!

FLOREN. Venid; rodeadme todos: oid una noticia que colma mi felicidad y la vuestra.

EDUARDO, CONCHA y RITA. ¿Cuál?

FLOREN. Concha, dame tu mano.

CONCHA. (¡Dios Eterno!)

EDUARD. ¡Florencio!
RITA. ¡Adios mi dinero!
FLOREN. Mi tio acaba de firmar el contrato de tu boda...
CONCHA y EDUARDO. ¡Ah!...
FLOREN. ¡Con Eduardo! (Entregándole la mano de su prima.)
EDUARD. ¡Qué oigo!
CONCHA. ¡Dios mio!
EDUARD. Florencio, ¿qué es esto?
CONCHA. ¿Te burlas?
FLOREN. (Dándoles el contrato.) Leed.
EDUARD. (Leyendo.) «Con don Eduardo Guevara.» ¡Y está de tu letra!
FLOREN. ¡Sí!
CONCHA. ¡Ah, querido primo! (Abrazándolo.) Permite, Eduardo...
FLOREN. ¡Soy moro de paz!
EDUARD. ¡Amigo generoso! (Abrazándolo.)
FLOREN. (Declamando.)

«¡El alma salir quiere de su centro
»de gozo y de placer! ¡Apenas basto
»con todos mis sentidos y potencias
»á contenerlo en mí, ni á declararlo!
»¡En este instante, yo morir debiera!»

RITA. ¡Señorito, esta es la mejor comedia que ha representado usted en su vida!
FLOREN. Mi tio espera en el despacho. Entrad á verlo: decidle que esta es mi resolucion con respecto á vosotros, y con respecto á mí... ¡el teatro!
CONCHA y EDUARDO. ¿Qué dices?
FLOREN. ¡Sí, soy cómico!
CONCHA y EDUARDO. ¡Florencio!
FLOREN. ¡Nada me digais, nada oigo! El dia 10 cumpleaños de nuestra adorada Reina, hago mi salida. Eduardo, ¿serás siempre mi amigo?
EDUARD. Florencio (Dándole la mano.), hazte aplaudir mientras yo mato facciosos, y los dos serviremos á la patria.

ESCENA XX.

DON FLORENCIO.

FLOREN. ¡Sueño lisonjero de mi juventud; adorada ilusion de tantos años; al fin te vas á realizar! ¡Ya soy cómico! ¡Mi empleo es dar alma y vida á los pensamientos sublimes, á las máximas filosóficas, á los patrióticos sentimientos del poeta; resucitar á los ojos del pueblo los héroes, para ser imitados; los tiranos, para ser aborrecidos, y hacer palpitar el corazon de los españoles á los ecos de patria y libertad! ¡Y esto es vil, y esto es deshonra!

«¡Si no logra mi desvelo
»patria, objeto de mi amor,
»dar mayor lustre y honor
»á las artes en tu suelo,
»perdona á mi noble anhelo,
»en honor del fausto dia,
»la temeraria osadía
»con que en tus aras presento
»mi escaso y pobre talento...
»y admítelo, patria mia!»

FIN.

ADVERTENCIA Á LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Esta comedia se escribió para representarse en un dia determinado; las alusiones que hay en ella á dicho dia pueden desaparecer fácilmente, observando las siguientes variantes.

ESCENA XVII.

. . . .

DIMAS. ¡Chocolate, á las sies de la mañana!—Continúo: «Pudiendo desde luego hacer su primera »salida cuando lo tenga por conveniente.—De »Real órden... etc.»

. . . .

ESCENA XIX.

. . . .

FLOREN. ¡Nada me digais, nada oigo!—Ya soy cómico.—Eduardo, ¿serás siempre mi amigo?

. . . .

ESCENA XX.

. . . .
»perdona á mi noble anhelo
»la temeraria osadía
»conque alumno de Talía,
»ante tus aras presento
. . . .

lel rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
ı Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-
neros ultramarinos.*
l fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
ıor castellano —Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
lel regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
n.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien —Hom-
—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
cho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija
Gil.
isaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
riga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
—Ya murió Napoleon.
II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
de Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
:a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
uisa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos
Lanuza.—Luis y Luisito.
lan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—
á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
ıs vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
straordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
emorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
npleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
ujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
s vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
o ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
nga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
or es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto —No hay vida mas que en Pa-
e de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
rranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de
, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
cipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas
conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—
ada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
-Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
ete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
s.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
ginales.
-Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
Dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Sotomayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, rásca vese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela.*—Santiaguillo, *zarzuela.*—Sueños de amor.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don S Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana. za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tu vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballer ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.— Vengar con celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verd apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visi Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la cal

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo. de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pr Un novio para la niña —Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventur los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tant y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—U no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla e go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológi no se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda,** con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c Carretas.

Y en Provincias en las principales.